

# NEW LEFT REVIEW 148

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2024

## ARTÍCULOS

TOM HAZELDINE El retorno del Partido Laborista 7

## ENTREVISTA

ARIELLE ANGEL Abandonar Sión 27

## ARTÍCULOS

NATHAN SPERBER La crisis francesa 47

JOSHUA CRAZE Taxonomías del hambre 71

ROHANA KUDDUS Las redes dinásticas de Indonesia 93

JULIAN STALLABRASS Memorias del presente 133

ENRICA VILLARI Entre la historia y la teoría 151

JAN BREMAN & MARCEL VAN DER LINDEN Migración: una visión desde abajo 165

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



JOSHUA CRAZE

## TAXONOMÍAS DEL HAMBRE

**S**IN COMIDA PARA mantenerse, el cuerpo se devora a sí mismo. Empieza por los carbohidratos y las grasas. Una vez que se agotan esos suministros, se da un banquete con órganos y músculos. El metabolismo se ralentiza, la función renal falla y el sistema inmunológico se debilita. El colon pierde su capacidad para reabsorber electrolitos y agua y enfermedades menores se vuelven mortales. Las hambrunas masivas también desgarran el cuerpo social. Las madres valoran cómo distribuir los escasos alimentos entre unos niños y niñas hambrientos. Las estructuras sociales se tensan y colapsan. Las consecuencias pueden durar décadas. Las niñas que han pasado hambre se convierten en madres desnutridas; el legado del *Hongerwinter* holandés (1944-1945) todavía marca los cuerpos jóvenes en la actualidad. Estas experiencias de hambruna han recibido varios nombres. En Irlanda los acontecimientos de 1845-1852 se conocen como la *Gorta Mór*, la gran hambruna; en Bangladesh, se hace una distinción entre *akal* («cuando los tiempos son malos») y *mananthor*, que indica una crisis a escala nacional («cuando se produce un cambio de época»). Una vez le pregunté a un amigo de Sudán del Sur, que había sobrevivido a las escaseces de la guerra civil (2013-2018), a qué sabe el hambre. «Sabe a nenúfares» me dijo, recordando sus zambullidas en los ríos buscando algo, cualquier cosa, que comer.

El número de comedores de nenúfares está en aumento. En 2024 alrededor de cuarenta millones de personas en el Cuerno de África pasarán hambre. Gran parte de esta hambre está motivada por conflictos en los que los beligerantes han interrumpido los ciclos agrícolas y utilizado esta como arma de guerra. La destrucción de las reservas de alimentos, la creciente desertificación debido al cambio climático y el colapso

total de las economías, que prácticamente no poseen ninguna industria productiva, han dejado a poblaciones enteras a merced de regímenes depredadores respaldados por la comunidad internacional. En Sudán diecisiete meses de guerra civil han creado la mayor crisis alimentaria mundial. Amigos en Jartum, donde el conflicto ha destruido gran parte de la ciudad, informan de muertes diarias. El Clingendael Institute, un *think tank* holandés, calcula que 2,5 millones de personas habrán muerto a finales de septiembre. La violencia es solo parte de la historia. Estos conflictos han puesto en evidencia la fragilidad de las economías dependientes de las importaciones, sensibles ante la escalada global de los precios de los alimentos verificada tras la invasión rusa de Ucrania. En el Cuerno de África, los pastores y los pequeños agricultores, que ahora están expuestos a las fluctuaciones del mercado global y a las depredaciones del conflicto regional, llevan cuarenta años sufriendo diversas dinámicas de empobrecimiento y procesos de apropiación de sus tierras a menudo en nombre de la mercantilización de las economías subsaharianas, factores todos ellos que han reducido su capacidad de sobrevivir a las conmociones experimentadas por los sistemas de producción de alimentos.

Los tecnócratas encargados de calcular el alcance de la crisis registrada en el Cuerno de África tienen sus propios términos para hablar de las hambrunas y disponen de escalas clasificatorias, que permiten al personal humanitario establecer el ranking de los desastres como una morbosa lista de éxitos. Encontramos así un nivel de emergencia de inseguridad alimenticia, una inseguridad alimentaria catastrófica, un riesgo de hambruna y finalmente situaciones de hambruna. En Sudán miles de personas están muriendo de hambre y enfermedades relacionadas con la malnutrición. Pero con la excepción de un único enclave —un campo de refugiados situado en el norte de Dafur destinado a personas desplazadas por la guerra— no hay hambruna en Sudán, o mejor dicho no la hay de acuerdo con los tecnócratas, que han aislado el término mediante una consistente muralla de criterios establecidos por opacas instituciones internacionales<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> A principios de agosto se declaró que «probablemente» se avecinaba una hambruna en el «campo para población internamente desplazada» de Zamzam, que alberga aproximadamente a medio millón de refugiados. No se encontró ninguna otra zona que estuviera sufriendo una hambruna, a pesar del gran número de afirmaciones en sentido contrario. Véase este informe, extraordinariamente titulado: IPC FRC, «Famine Review Committee: Combined Review of: (i) The Famine Early Warning System Network (FEWS NET) IPC compatible analysis for IDP camps in El

Aunque las hambrunas raramente son anunciadas por el organismo respaldado por Naciones Unidas responsable de determinar su existencia, los directores de las agencias humanitarias, a la búsqueda de fondos de los donantes, compiten por utilizar los adjetivos más impactantes. En 2020 el World Food Programme (WFP) de Naciones Unidas afirmaba que Yemen estaba sufriendo una hambruna de proporciones bíblicas (las evidencias eran bastante más dispares)<sup>2</sup>. Las invocaciones retóricas a la hambruna son un fenómeno reciente, producto de un determinado momento geopolítico. Durante gran parte del siglo XX las hambrunas no eran causa de escándalo moral, sino un arma de guerra aceptada. Ahí estaban los mortuorios construidos para las hambrunas de la Primera Guerra Mundial en Oriente Próximo, el *Holodomor* ucraniano y los «tres años de gran hambruna» en China. El bloqueo que impuso Estados Unidos sobre Japón durante la Segunda Guerra Mundial fue simplemente bautizado como Operation Starvation [Operación Hambruna]. El deseo de los Aliados de evitar demasiadas preguntas sobre sus tácticas fue una de las razones por las que el hambre de masas no fue incluida como un crimen de guerra específico en la Convención sobre el Genocidio, a pesar de los estudios forenses de Raphael Lemkin sobre la «discriminación racial nazi en la alimentación».

Actualmente, las invocaciones a la hambruna vienen acompañadas de una gramática visual ampliamente reconocible surgida durante la hambruna etíope de 1984-1985: las multitudes de refugiados huyendo del hambre, los vientres inflamados por el *kwashiorkor*, las retrasmisiones de Michael Buerk y la figura de Bob Geldof. Esta gramática visual implica un conjunto de relaciones políticas. En una clásica imagen de una escena de hambre, icono de incontables panfletos humanitarios de captación de fondos, encontramos a una madre, a un niño famélico y, la clave de todo, a un médico. La escena tiene que entenderse desde la perspectiva de un espectador preocupado, que se pregunta qué hacer con la catástrofe registrada «allí». La acción que sugiere este imaginario es siempre la de una intervención desde el exterior; la capacidad de acción se reserva para las agencias especializadas. Los llamamientos

---

Fasher, North Darfur; and (ii) The IPC Sudan Technical Working Group Analysis of Zamzam (North Darfur), Sudan», 1 de agosto de 2024.

<sup>2</sup> Para un excelente análisis de la política humanitaria en Yemen, véase la serie de informes realizados por Sarah Vuylsteke para el Sana Center for Strategic Studies, *inter alia*, «Challenging the Narratives: Is Yemen Really the Worst Humanitarian Crisis in the World?», 27 de octubre de 2021.

humanitarios sugieren que simplemente por nombrar una hambruna se despertará la conciencia mundial y se abrirán los bolsillos de los donantes. El orden humanitario internacional determinará el nivel de la crisis y las agencias de ayuda intervendrán para arreglar el asunto.

### *Auge del imaginario humanitario*

El planteamiento predominante sobre las hambrunas de masas tomó forma en las décadas de 1970 y 1980, durante una serie de sequías acaecidas en el Sahel, que agudizaron una crisis regional más amplia de la capacidad del Estado. Desde mediados de la década de 1970, las economías del África subsahariana fueron colapsando y continuaron su declive durante las dos décadas siguientes<sup>3</sup>. A pesar del optimismo posterior a la independencia registrado en la década de 1960, muchos Estados africanos habían sido mantenidos en una posición marginal en el seno de la economía global, reducidos al papel de productores de materias primas y poco más. Esta situación de subordinación les dejó expuestos a los bruscos aumentos de los precios del petróleo verificados durante la década de 1970. La recesión global que vino a continuación redujo la demanda de las exportaciones africanas, precipitando el colapso de los mercados de trabajo a lo largo del Sahel y el Cuerno de África<sup>4</sup>. Como ha sostenido Giovanni Arrighi, la transformación del papel de Estados Unidos en la economía global, país que pasó de ser «la mayor fuente de liquidez e inversión directa mundial» durante las décadas de 1950 y 1960 a convertirse por mucho en «la principal nación deudora y el mayor receptor de capital extranjero» en la década de 1980, profundizaron la crisis en África. Esta «transformación de proporciones históricas» aumentó la demanda en Estados Unidos y la redujo en el resto del mundo, que se vio obligado a competir para proporcionar productos industriales baratos destinados a los consumidores estadounidenses.

Lo peor estaba por llegar. En 1981 un documento del Banco Mundial conocido como el Informe Berg echaba la culpa de la crisis africana a los propios Estados africanos: las políticas proteccionistas debían abandonarse y la producción doméstica de alimentos debía sustituirse por

---

<sup>3</sup> Giovanni Arrighi, «The African Crisis», *NLR* 15, mayo-junio de 2002, pp. 16-18; «La crisis africana», *NLR* 15, julio-agosto de 2002, pp. 14-16.

<sup>4</sup> Véase, *inter alia*, James Ferguson, *Global Shadows: Africa in the Neoliberal World Order*, Durham (NC), 2006, y en un registro teórico muy diferente, Nicolas Van de Walle, *African Economies and the Politics of Permanent Crisis, 1979-1999*, Cambridge, 2001.

la producción de productos destinados a la exportación: de este modo África se salvaría<sup>5</sup>. Las políticas de ajuste estructural subsecuentes erosionaron todavía más la capacidad del Estado. Lejos de rescatar al continente, estas reformas intensificaron las tendencias patrimoniales de los gobiernos poscoloniales y llevaron a las elites dirigentes, ansiosas por capturar flujos rentistas, a liquidar lo que quedaba del Estado, dejando tras de sí una cáscara vacía<sup>6</sup>. Las contracciones de la década de 1980 abocaron a las elites del Sahel y del Cuerno de África a la privatización de los activos del Estado, a la depredación ejercida sobre sus propias poblaciones, a la suscripción de préstamos internacionales y a su transformación en intermediarias en las cadenas globales de recursos naturales, conjunto de factores que consolidaron la posición marginal de los países africanos en el seno de la economía mundial.

Mientras que en las Asambleas Generales de Naciones Unidas celebradas anualmente se ofrecía a los países del Sahel y del Cuerno de África un simulacro de soberanía, la realidad era que la capacidad de acción del Estado había colapsado. La desaparición del Estado fue acelerada por el auge de las agencias humanitarias. Como ha mostrado Gregory Mann, el gobierno se volvió «no gubernamental»; en ausencia del Estado, las organizaciones humanitarias asumieron la provisión de servicios, incluida la educación, la asistencia sanitaria y la seguridad alimentaria<sup>7</sup>. Las actuaciones de las ONG, financiadas por los Estados occidentales, se mostraron parcialmente receptivas a las demandas de los gobiernos subsaharianos (cada vez menos responsables ante sus pueblos e impulsados por los intereses de clase de sus elites), pero estuvieron principalmente determinadas por las prioridades de los donantes en Washington y París. Cuando funciones clave del Estado quedaron en manos de agencias internacionales y los ingresos públicos cayeron en picado, quienes pudieron abandonaron sus posiciones en el gobierno para buscarse salarios más lucrativos –o en algunos casos, un salario– en el sector humanitario. Quienes se quedaron en las instituciones públicas tendieron a considerar su posición como una sinecura o una oportunidad para la acumulación privada. Actualmente, en Sudán del Sur, los

---

<sup>5</sup> Banco Mundial, *Accelerated Development in Sub-Saharan Africa: An Agenda for Action*, Washington DC, 1981.

<sup>6</sup> Jean-François Bayart, Stephen Ellis y Béatrice Hibou, *The Criminalization of the State in Africa*, Londres, 1999.

<sup>7</sup> Gregory Mann, *From Empires to NGOs in the West African Sahel: The Road to Nongovernmentality*, Cambridge, 2015.

ministros de Hacienda rara vez aparecen por el trabajo. ¿Por qué lo iban a hacer, cuando no hay dinero que gastar y prácticamente no se paga ningún salario?

El sector humanitario creció en el vacío dejado por la descomposición del Estado, lo cual encantó a los estadounidenses, que encontraron una salida para sus excedentes agrícolas y un objetivo para las organizaciones que habían fundado tras la Segunda Guerra Mundial. Un ejemplo sería la Cooperative for American Relief Everywhere (CARE), creada en 1945 para proporcionar asistencia a lo que quedaba de Europa. La organización se describía a sí misma, en un immaculado lenguaje burocrático, como «una agencia de planificación y gestión operativa», careciendo en ese momento de toda experiencia y no contando con un mandato claro al respecto<sup>8</sup>. El Sahel le proporcionó una segunda oportunidad y pronto CARE se había extendido por todo el mundo. Entre 1945 y 1983 suministró ayuda alimentaria por un valor de 2,8 millardos de dólares a sesenta y cinco países, la mayor parte consistente en cereales estadounidenses. Los afortunados beneficiarios entendían que el precio de la ayuda estadounidense era el apoyo en la Guerra Fría. No sorprende que los principales receptores de la ayuda estadounidense en el África subsahariana fueran Estados clientes (Sudán, Zaire, Kenia y Somalia).

Organizaciones como CARE presagiaban el sistema de «no gobierno», que funciona actualmente en el Sahel y en gran parte del Cuerno de África (Etiopía y Eritrea son las clamorosas excepciones). A tenor de este sistema, en vez de políticas de desarrollo impulsadas por el Estado, existen agencias humanitarias responsables ante donantes extranjeros (principalmente Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Europea), que proporcionan reiteradas formas de asistencia dirigidas a abordar emergencias y no a resolver problemas políticos. La ayuda alimentaria y otras formas de apoyo humanitario son parches temporales dirigidos a ofrecer socorro temporal sin abordar las condiciones causantes de las crisis. Los responsables de las agencias humanitarias me dicen que esas soluciones estructurales deben ser proporcionadas por los Estados: sin embargo, esos Estados son los que en aspectos fundamentales han sido reemplazados por las agencias.

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 176.

## *Perfiles del sistema de las hambrunas*

La despolitización del hambre, que hoy constituye el sello distintivo del modelo humanitario, puede rastrearse en las reacciones del sector ante las crisis alimentarias del Sahel en las décadas de 1970 y 1980. Aunque las sequías fueron un factor que contribuyó a ellas, estas crisis no fueron un fenómeno natural. Una respuesta adecuada hubiera tomado en cuenta la desposesión generalizada de los pequeños agricultores y pastores, además de las trampas tendidas por la deuda y la pobreza, que diezmaron tanto las reservas de alimentos de los hogares como los presupuestos del Estado. Pero las agencias humanitarias, afirmando que semejantes cuestiones políticas estaban totalmente fuera de su mandato, interpretaban el problema, por el contrario, en términos acordes con las intervenciones que ofrecían. En su lectura de las crisis del Sahel, pastores y agricultores eran víctimas de cambios ecológicos y demográficos sobre los que no tenían ningún control. La protección frente a la naturaleza solo podía obtenerse por medio de la asistencia humanitaria, que se basaría en un análisis científico de los datos sobre las condiciones climáticas y las cosechas.

A principios de la década de 1980, Estados Unidos y Naciones Unidas, entre otros actores, crearon sistemas de alerta anticipada, que canalizaban los datos sobre las regiones presas de inseguridades alimentarias hacia los donantes y responsables occidentales de las tomas de decisiones. Estos sistemas estaban basados en la optimista idea de que, si nosotros éramos capaces de predecir la inseguridad alimentaria antes de que se materializara, entonces podríamos intervenir de algún modo sobre ella. El «nosotros» en cuestión era un mundo compuesto por donantes y agencias humanitarias y el «de algún modo» era la ayuda alimentaria. Uno de estos primeros sistemas, creado en 1985 y financiado por USAID, el órgano del gobierno estadounidense que administra la ayuda a terceros países, se denominó Famine Early Warning System (FEWS, acrónimo más tarde rebautizado como FEWS NET). El propósito explícito de FEWS NET es proporcionar datos comparativos susceptibles de ayudar a los responsables estadounidenses a decidir dónde deben distribuir fondos siempre escasos. Los documentos que publica, incluyendo los boletines sobre el precio de los alimentos y los informes de control estacionales, no solo siguen las estaciones climatológicas, sino que también se corresponden con los ciclos de financiación de USAID. FEWS NET facilita las coordenadas básicas del sistema actual: la situación



de hambre la determinan ONG respaldadas por donantes para fundamentar las decisiones de estos. Si se consulta a los hambrientos, es solo para que las corroboren.

Semejantes sistemas de alerta anticipada siguen vigentes. Actualmente el marco dominante tiene el engorroso nombre de «Integrated Food Security Phase Classification System [Sistema de Clasificación de la Fase de Seguridad Alimentaria Integrada], resumido como IPC de acuerdo con su acrónimo inglés<sup>9</sup>. Este sistema empezó a utilizarse como un método para clasificar la inseguridad alimentaria, pero no tardó en convertirse en una organización por derecho propio dentro de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO). Sus competencias, personal y presupuesto crecieron rápidamente a medida que se convertía en la autoridad globalmente reconocida para valorar las crisis alimentarias, incluyendo las hambrunas: el «criterio de referencia para los análisis sobre seguridad alimentaria y nutrición», como señalaba el G7 en 2021. En reuniones mantenidas con organizaciones humanitarias sobre la situación existente en Sudán, constantemente se me dice que están «esperando a que el IPC» haga una declaración antes de comentar públicamente, si hay una hambruna en el país. Cuando se trata del hambre, el IPC se ha convertido en la voz del sistema humanitario.

El IPC realiza mapas de inseguridad alimentaria. En su paleta hay cinco colores. IPC 1, un verde pálido, significa una inseguridad alimentaria mínima o ninguna. IPC 2, amarillo cálido, representa niveles preocupantes de inseguridad, alimentaria que afectan por lo menos al 20 por 100 de la población en cuestión, una regla porcentual que se aplica a todas las fases del sistema de clasificación. IPC 3, nivel de crisis, es naranja e indica grandes fallas en el consumo y niveles elevados de malnutrición aguda. Prácticamente la totalidad de la República Centroafricana, Chad, Sudán y Sudán del Sur, están ahora en el nivel 3 o más elevado. En los niveles de crisis de inseguridad alimentaria, los sistemas inmunológicos, debilitados por la malnutrición, no pueden resistir enfermedades comunes como la diarrea, el sarampión o la malaria y la gente empieza

---

<sup>9</sup> Aunque FEWS NET, órgano de USAID, está formalmente separado del IPC, utiliza ampliamente el marco de este, participa en muchos de los análisis que realiza y es una de las organizaciones que compone el «Global Partnership» del IPC. FEWS NET, simultáneamente parte del IPC y una organización separada, tiene una influencia significativa debido al respaldo financiero y político que recibe del gobierno estadounidense.

a morir. De acuerdo con el manual técnico del IPC, IPC 3 es el nivel que exige una acción urgente, aunque el hecho de que un área del tamaño de Europa Occidental esté en IPC 3 no merece aparecer en una sola portada de los medios de comunicación británicos (con la notable reciente excepción de *The Economist*), mientras el llamamiento efectuado por Naciones Unidas en 2024 sobre la situación en Chad solamente se ha financiado en el 13 por 100 de sus necesidades. Las columnas de los gráficos solamente empiezan a dibujarse en rojo cuando se llega al nivel 4 del IPC: los niveles de emergencia de la inseguridad alimentaria. Muchas de las zonas en conflicto en Sudán y toda la Franja de Gaza alcanzan actualmente el nivel 4. En Sudán el granate del IPC 5, niveles catastróficos de inseguridad alimentaria, marca los campos de «refugiados y personas internamente desplazadas». Para alcanzar el nivel catastrófico de inseguridad alimentaria, por lo menos el 20 por 100 de la población de un área determinada tiene que estar sufriendo una falta extrema de alimentos. Pero esto no es una hambruna.

El IPC analiza tres categorías de datos: inseguridad alimentaria (mayormente a través de encuestas en los hogares), malnutrición infantil (por medio de los datos de peso, altura y circunferencia de brazos) y mortalidad «no traumática». El IPC tiene rangos para cada categoría. Así, una zona puede encontrarse en el nivel 4 en cuanto a inseguridad alimentaria, pero tener los índices de malnutrición infantil en el IPC 3. En esos casos, donde diferentes categorías tienen diferentes clasificaciones en un área determinada, la clasificación global la deciden equipos basados en el país, los llamados Grupos Técnicos de Trabajo. En teoría, este proceso deliberativo no se aplica a las hambrunas, que deben cumplir los objetivos en las tres categorías. Para que se declare una hambruna, el área en cuestión tiene que albergar, en primer lugar, por lo menos 10.000 personas (de otro modo simplemente lo que hay, expresado en un arrebatador giro poético del lenguaje tecnocrático utilizado para el Cuerno de África, es una bolsa de catástrofe). Al menos, el 30 por 100 de los niños de esa área deben estar gravemente malnutridos, el 20 por 100 de la población debe estar sufriendo una catastrófica falta de alimentos y debe haber por lo menos dos muertes no relacionadas con traumas por cada 10.000 habitantes. Las muertes por hambruna (las llamadas muertes no traumáticas) están precisamente definidas: las causadas por el hambre en sí misma o por una enfermedad relacionada con la malnutrición. Si tu comunidad padece una hambruna por la actuación de un enemigo, por ejemplo, y te vieras obligado a buscar nenúfares en un

río y te ahogaras por hacerlo, para el IPC tu muerte no contaría como una muerte por hambruna. Si te vieras obligado a dejar tu casa debido a la falta de alimentos y te mataran en la carretera, ese hecho tampoco cumpliría los requisitos.

A diferencia de FEWS NET, que responde únicamente ante sus amos de la USAID, el IPC es una organización nominalmente colaborativa. Sus grupos de trabajo, habitualmente basados en el país en cuestión, están compuestos por una pléthora de organizaciones humanitarias acompañadas de representantes del gobierno del país<sup>10</sup>. Estos representantes a menudo tienen un interés personal en minimizar los niveles de una determinada hambruna catastrófica, especialmente si el hambre se está utilizando como arma de guerra; una clasificación negativa puede desprestigiar al gobierno. A la inversa, los gobiernos pueden inclinarse por maximizar las denuncias sobre inseguridad alimentaria que se halla por debajo del nivel de catástrofe como un medio de presión para obtener más financiación humanitaria. Si el grupo de trabajo del país decide que hay una posibilidad de hambruna en un área determinada o si los representantes gubernamentales no están de acuerdo con los resultados de su análisis, el caso se traslada al «Famine Review Committee» [Comité de Análisis de Hambrunas] (FRC), un grupo de cinco expertos en nutrición, casi todos ellos radicados en universidades estadounidenses y británicas. El Comité lo nombra el IPC, está formado en su totalidad por personas con pasaporte estadounidense o británico e incluye a un funcionario del gobierno estadounidense, así como a algunos de los creadores del marco del IPC. Estos puestos no tienen limitación temporal alguna en el desempeño de su cargo y no existe informe alguno disponible sobre cómo se eligieron a los miembros del FRC. En teoría, el FRC aplica las estrictas reglas señaladas anteriormente para determinar una hambruna. Sin embargo, muy frecuentemente, no hay suficientes datos para tomar una determinación clara y el Comité debe hacer una interpretación de la situación. El reconocimiento global de una hambruna queda en manos de una camarilla de cinco hombres que no rinde cuentas a nadie.

---

<sup>10</sup> Hay algunas excepciones. En Yemen el IPC cuenta con dos equipos activos en el país, uno de los cuales tiene un representante hutí, mientras el otro incluye a un representante del llamado «gobierno internacionalmente reconocido de Yemen», porque los hutíes se niegan a reconocer a todo grupo del IPC en el que participen miembros de este gobierno.

## Prueba práctica en Somalia

El camino del IPC hasta alcanzar el predominio global empezó en Somalia, que ha sido desde hace mucho tiempo un laboratorio para la investigación sobre la inseguridad alimentaria. En 1991 el derrocamiento del régimen de Siad Barre por una coalición de grupos opositores y la consiguiente guerra civil provocó una profunda fractura del país y dejó en la miseria a gran parte de la población. Las crisis alimentarias se hicieron frecuentes en medio del saqueo generalizado y de milicias organizadas por clanes enfrentadas por el control de los recursos. Con la llegada en 1992 del Programa Mundial de Alimentos junto a la misión de paz de Naciones Unidas, los contratos humanitarios se convirtieron en una parte fundamental de la economía de guerra. Los líderes de las milicias y las elites empresariales sudanesas se enriquecieron mediante extorsiones a cambio de protección, desviando la ayuda humanitaria e inventando «pueblos fantasmas» a los que se podían enviar alimentos totalmente reales. Durante la década de 1990 emergió una clase de dirigentes empresariales, que se convirtió rápidamente en la fuerza política dominante de Somalia, cuyo poder se debía en parte a su control de las rentas y flujos de capital procedentes del aparato humanitario. La ayuda humanitaria se convirtió en un porcentaje significativo del PIB del país, que algunos cálculos sitúan en torno al 57 por 100<sup>11</sup>.

La política formal del país sufrió un cambio a comienzos del nuevo siglo<sup>12</sup>. En el año 2000 las negociaciones de Yibuti llevaron a la formación de un Gobierno Nacional de Transición (GNT), que no consiguió establecer un mandato para gobernar. El GNT estaba dominado por los clanes que controlaban Mogadiscio, la capital, especialmente por el subclan *hawiye*. Estos grupos eran hostiles a la implicación de Etiopía en Somalia, contaban con el respaldo del mundo árabe, incluidos los islamistas, y tenían una visión centralista del país, como correspondía a los clanes que controlaban la capital, los cuales tenían muchos contratos lucrativos con las ONG. Oponiéndose a este llamado «grupo de Mogadiscio», existía otra coalición poco definida: el Consejo de Reconciliación y Restauración de Somalia (CRRS), afín a Etiopía, fuertemente antiislamista y aferrado a una visión federalista del país.

---

<sup>11</sup> Ken Menkhaus, «State Failure, State-Building, and Prospects for a “Functional Failed State” in Somalia», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 656, noviembre de 2014, p. 156.

<sup>12</sup> La mejor guía para este periodo sigue siendo la de Ken Menkhaus, «The Crisis in Somalia: Tragedy in Five Acts», *African Affairs*, vol. 106, núm. 424, julio de 2007.

Tras el fracaso del GNT, se sucedieron nuevas conversaciones de paz, esta vez organizadas por Kenia y respaldadas entre otros actores por Naciones Unidas. Las conversaciones fracasaron, pero los mediadores impulsaron un acuerdo para compartir el poder, que condujo a la creación del Gobierno Federal de Transición (GFT). En octubre de 2004 el parlamento del GFT eligió un presidente, Abdullahi Yusuf. Mientras que el GNT había estado dominado por el grupo de Mogadiscio, Yusuf era próximo a Etiopía –se afirmó que Addis Ababa había comprado los votos de los diputados– y su gabinete estaba casi por completo formado por figuras del CRRS. El grupo de Mogadiscio no tardó en rechazar el gobierno de Yusuf, en especial su propuesta de desplegar en la capital fuerzas para el mantenimiento de la paz, que incluían a soldados etíopes. Incapaz de reunirse en Mogadiscio, el GFT se vio obligado a celebrar las sesiones parlamentarias en Nairobi.

La popularidad del GFT cayó en picado. Su búsqueda del apoyo etíope se convirtió en una victoria propagandística para las fuerzas islamistas que, como muchos somalíes, eran hostiles a la intervención extranjera. Tras evaporarse su confianza en el GFT, Estados Unidos trasladó su apoyo a varios señores de la guerra *hawíye*, anteriormente unidos a los islamistas como parte del grupo de Mogadiscio. Los señores de la guerra estaban dispuestos a proseguir las luchas, pero en 2006, bajo la presión y el apoyo de Estados Unidos, formaron la «Alianza contra el Terrorismo y la Restauración de la Paz». Después de que en enero estallaran los enfrentamientos, los islamistas, ahora organizados como la Unión de Tribunales Islámicos (UTI), infligieron una serie de derrotas a los señores de la guerra *hawíye* y rápidamente tomaron el control de prácticamente todo el sur y centro de Somalia. Los islamistas cosecharon un amplio apoyo entre la población y parecía inevitable que la UTI asumiera el poder sobre todo el país. Sin embargo, en septiembre de 2006 Etiopía, con el apoyo de Estados Unidos, invadió Somalia y en diciembre la UTI había sido derrotada. Una fuerza de paz multinacional entró en Mogadiscio con el fin de defender al totalmente deslegitimizado GFT para encontrarse con una insurgencia encabezada por antiguos miembros de la UTI, que no tardó en verse dominada por una de sus alas más radicales, al-Shabaab. En el otoño de 2008 al-Shabaab había recuperado aproximadamente el 80 por 100 del territorio que había perdido la UTI tras la invasión etíope.

A principios de la década de 2000 la ayuda humanitaria todavía seguía sufriendo cuantiosos desvíos. Teniendo que hacer frente a las exigencias de elites rivales, las organizaciones humanitarias tenían dificultades a la hora de explicar sus decisiones de distribuir alimentos a una parte del país y no a otra. En 1994, gracias a la financiación de la Comisión Europea y más tarde de la USAID, entre otros donantes, el World Food Programme había creado la Food Security and Analysis Unit (FSAU) para analizar la seguridad alimentaria en Somalia. La FSAU –más tarde rebautizada como FSNAU después de que se incorporara el término «Nutrición»– fue finalmente absorbida por la FAO. El IPC fue concedido por la FSNAU como una clasificación comparativa del hambre, que serviría de base y justificaría las decisiones distributivas de las organizaciones humanitarias. Formalizado en 2004, el sistema del IPC tuvo gran aceptación entre los donantes que, para aportar fondos, requerían una valoración clara de los niveles relativos de hambre. En 2006 el IPC fue extendido a la totalidad del Cuerno de África y no sorprende que sus principales donantes sean los mayores patrocinadores de las agencias de la ONU: la Unión Europea, Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá. Su utilidad para los gobiernos occidentales es lo que ha impulsado su auge.

La consagración del IPC llegó con la primera declaración de hambruna del siglo XXI. En julio de 2011, la FSNAU y la FEWS NET hicieron una declaración conjunta afirmando que en el centro-sur de Somalia había 490.000 personas que se encontraban en el nivel 5 del IPC. Las áreas afectadas estaban mayormente bajo control de al-Shabaab. La sequía de 2010 había provocado una cosecha extremadamente pobre y la muerte del ganado. La escasez se vio agravada por los aumentos globales del precio de los alimentos registrados en 2011. Estas conmociones golpearon a una población que ya sufría la inseguridad alimentaria después de años de conflicto y afectaron desproporcionadamente a los grupos de pastores-agricultores y a los grupos minoritarios ribereños dependientes del trabajo rural, que colapsaron cuando el descenso de los caudales de los ríos acabó con la agricultura de regadío. El crecimiento de la miseria pudo observarse en tiempo real. La hambruna somalí de 2011 fue la primera de la que pudieron obtenerse datos fidedignos para cada una de las etapas de la catástrofe<sup>13</sup>. La efectividad de los sistemas de alerta temprana estaba siendo puesta a prueba.

---

<sup>13</sup> Un impresionante informe de la hambruna de 2011 en Somalia fue redactado por un equipo que incluía a dos miembros del FRC, véase Nicholas Haan, Stephen Devereux y Daniel Maxwell, «Global Implications of Somalia 2011 for Famine

*Fallo del sistema*

Ciertamente no faltaron las alertas. En agosto de 2010 FEWS NET divulgó un informe que advertía de una inminente sequía tras un episodio de tormentas de El Niño en el Pacífico. Durante el siguiente año la FSNAU y la FEWS NET publicaron más de dieciséis alertas sobre la situación de la seguridad alimentaria. Sin embargo, no se hizo nada y a pesar de conocer lo que se avecinaba, las agencias de ayuda no desarrollaron ningún plan para mitigar el desastre. La respuesta humanitaria solo cobró impulso cuando se produjo la declaración de hambruna, momento en que la financiación se triplicó en un mes. Incluso entonces, mientras la ayuda enriquecía al gobierno realmente ficticio del GFT, esta no puso fin a la hambruna, que en cambio se vio bastante aliviada por una caída global del precio de los alimentos en agosto de 2011 y las lluvias del periodo *deyr*, esto es, la segunda temporada de lluvias característica de Somalia, que se produce entre octubre y noviembre. Esta combinación de la meteorología y los mercados permitió que IPC declarara finalizada la hambruna en 2012, aunque la respuesta humanitaria había sido a todas luces un fracaso total.

Las ONG acusaron a la milicia yihadista de al-Shabaab de bloquear el acceso a las áreas afectadas, aunque después de la declaración de hambruna consiguieron hacer un uso imaginativo de las transferencias de efectivo para sortear esas restricciones. Antes de la declaración, los esfuerzos humanitarios también estuvieron obstaculizados por la Office of Foreign Asset Control (OFAC) estadounidense, que en 2008 había incluido a al-Shabaab en la lista de organizaciones terroristas. Un año más tarde la USAID cortó la financiación dirigida al sur de Somalia, aduciendo la necesidad de cumplir las regulaciones de la OFAC. Las ONG también se retiraron, algunas debido a restricciones en la financiación y otras por miedo a que la ayuda fuera desviada a al-Shabaab, dejándolas expuestas a ser acusadas de apoyo al terrorismo. Solamente después de que se declarara la hambruna, la USAID obtuvo una autorización especial para operar en el territorio controlado por al-Shabaab. Sin embargo, incluso con la autorización en la mano, las organizaciones humanitarias tuvieron problemas para actuar en el sur de Somalia debido a los obstáculos que ponía la milicia yihadista a las organizaciones internacionales

de ayuda. El miedo de al-Shabaab por las intervenciones extranjeras y el disgusto ante la dependencia somalí de la ayuda alimentaria no fueron óbice para los cuantiosos ingresos que estas suponían: en 2011 la organización yihadista obtuvo cada seis meses 90.000 dólares de ayuda procedentes de estas agencias, según cálculos del grupo de control de Naciones Unidas<sup>14</sup>. El GFT estaba encantado no disgustado, ya que desviaba ayuda en cada etapa del proceso y los camiones de alimentos con destino a los campos de desplazados tenían que pagar impuestos en los trescientos treinta y seis puntos de control gestionados por sus milicias en las zonas de Mogadiscio<sup>15</sup>.

El fracaso de la respuesta humanitaria en Somalia fue una consecuencia parcial del éxito retórico del término «hambruna» y de la perspectiva que consagra. Después de la circulación de las imágenes de Etiopía en la década de 1980, la palabra adquirió la solemnidad del «nunca más» que ha caracterizado a otros términos como genocidio. La evocación del hambre recubre la actual política de intervención de un moralismo en blanco y negro en el que la responsabilidad de acabar con la tragedia descansa en el Norte global. El «debemos hacer algo» a menudo se convierte en una manera de no ver lo que «nosotros» ya estamos haciendo. Las esperanzas de acabar con el hambre han combinado el optimismo sobre la agricultura industrial, como si el problema de alimentar al mundo fuera simplemente un problema de cantidad, con perogrulladas liberales sobre el progreso moral.

La enorme sombra de la hambruna significa que los otros tipos de inseguridad alimenticia, como las zonas situadas permanentemente en el nivel 3 del IPC que asolan el Sahel y el Cuerno de África, son mucho menos visibles y objeto de una discusión mucho menor. Para el Norte global hay un nivel aceptable de hambre, representando las hambrunas la línea roja. Aunque los sistemas de alerta anticipada fueron diseñados para impedir estas, con demasiada frecuencia las organizaciones de ayuda acaban esperando la declaración de hambruna y el aumento de financiación que esta trae consigo, lo cual suele situar las cosas en un

---

<sup>14</sup> «Report of the Monitoring Group on Somalia and Eritrea Pursuant to Security Council Resolution 1916 of 2010. S/2011/433», UN Monitoring Group, julio de 2011, p. 61.

<sup>15</sup> Mark Bradbury, «State-Building, Counter-Terrorism and Licensing Humanitarianism in Somalia», Briefing Paper, Feinstein International Center, Tufts University, septiembre de 2010.



punto en el que es demasiado tarde para intervenir eficazmente. Como sostenía Kent Glenzer en una feroz crítica de la crisis alimentaria de Níger en 2005-2006, los sistemas de alerta anticipada a menudo institucionalizan un éxito parcial<sup>16</sup>. Las reiteradas inyecciones de ayuda humanitaria pueden mantener con vida a las poblaciones afectadas, pero estos sistemas serían totalmente incapaces de cambiar las condiciones políticas que condujeron a la pauperización, mientras que en determinados casos la ayuda puede contribuir a mantenerlas en vigor. Aunque las intervenciones tardías fracasan mayormente a la hora de ayudar a las poblaciones que pasan hambre, sí contribuyen a animar un ciclo de declaraciones huecas por parte de los donantes, a estimular los esfuerzos para obtener fondos y al crecimiento del sector de la ayuda humanitaria, que continúa engordando a pesar de su desastrosa trayectoria.

La estrecha manera con que el IPC define la hambruna intensifica el dilema. Entre 2010 y 2013 en Somalia murieron 258.000 personas debido a la malnutrición y a enfermedades relacionadas, con la misma, pero el 43 por 100 lo hizo antes de que se alcanzara el nivel 5 del IPC y muchos murieron en áreas distintas a las clasificadas como afectadas por aquella. Ello se debió a que la definición del IPC es intensiva en vez de extensiva: el criterio utilizado hace imposible incluir las muertes relacionadas con el hambre, que se producen en un área extensa o durante un periodo dilatado de tiempo. La mayoría de las muertes se producen donde la hambruna no puede verlas.

### *La muerte por hambre como arma de guerra*

El fracaso de la respuesta en Somalia no impidió el auge del IPC. En 2007 se formó una IPC Global Partnership (Asociación Global del IPC), que incluía a doce organizaciones dedicadas a la seguridad alimentaria, y el IPC pronto incorporó al Famine Review Committee (Comité de Revisión de Hambrunas, inicialmente denominado Emergency Review Committee) y a una Global Support Unit con sede en Roma, que se concentra en difundir la «marca» del IPC y extenderla a otras organizaciones miembros. Ahora el IPC funciona en treinta países y colabora con otras quince organizaciones internacionales. En cada uno de estos países, el IPC publica habitualmente actualizaciones bianuales, normalmente

---

<sup>16</sup> Kent Glenzer, «We Aren't the World: The Institutional Production of Partial Success», en Xavier Crombé y Jean-Hervé Jézéquel (eds.), *A Not-So Natural Disaster: Niger 2005*, Londres, 2007, pp. 83-105.

basadas en encuestas sobre seguridad alimentaria realizadas por el World Food Programme en el curso de su trabajo. A menudo las publicaciones se programan para que coincidan con los modelos bimodales de lluvias. El imaginario del IPC sigue siendo aquel en el que las hambrunas –y la inseguridad alimentaria en general– vienen determinadas fundamentalmente por el clima. Esta perspectiva es un legado de la década de 1980: la inseguridad alimentaria es algo que se produce en las sociedades debido a acontecimientos fuera de su control. Pero la evidencia sugiere otras cosas. Desde la hambruna somalí de 2011, el FRC ha examinado diecinueve episodios de crisis alimentarias. En todos ellos la muerte por hambre fue utilizada como arma de guerra.

Los gobiernos tienen a menudo intereses particulares para bloquear a los actores humanitarios y para impedir que recojan los datos que utiliza el IPC para hacer sus evaluaciones. Esto no es nada nuevo. En 1983-1984 el gobierno etíope, temiendo el estallido de disturbios, trató de ocultar la hambruna que estaba produciéndose dentro de sus fronteras; ese mismo año Sudán hizo lo propio, preocupado porque el reconocimiento de que se avecinaba una hambruna podía significar perder el acceso al crédito internacional. Actualmente, el ejército sudanés ha negado una vez más que se esté produciendo una hambruna y ha bloqueado el acceso humanitario a las grandes zonas del país controladas por grupos opositores. Mientras tanto, en la Franja de Gaza el incesante bombardeo israelí ha hecho que la recogida de datos sea prácticamente imposible. En Siria, a pesar de los repetidos asedios efectuados bajo nombres como «Matar por hambre mediante asedio» y «Rodear, matar por hambre, provocar la rendición, evacuar», el IPC nunca ha realizado un análisis formal de la situación en parte debido a la falta de presencia de organizaciones humanitarias y en parte porque los trabajadores de esas organizaciones piensan que su acceso se verá limitado, si utilizan palabras como «asedio». Los datos disponibles para el área de Guta Oriental, donde el gobierno sirio estableció un asedio sobre 400.000 personas, no sugieren suficiente malnutrición como para hablar de hambruna, pero los datos son irregulares, radicando realmente el problema en el marco teórico: si el intento coordinado de dejar morir de hambre a cientos de miles de personas no constituye una hambruna, ¿para qué vale el IPC?

La situación en Sudán del Sur es un ejemplo de las limitaciones de ese marco. Durante la guerra civil que asoló el país entre 2013 y 2018, las milicias gubernamentales realizaban campañas anuales en el sur del

estado de Unidad, que es uno de los once que constituyen Sudán del Sur, entonces en poder de los rebeldes, arrasando pueblos, violando a las mujeres y robaban los recursos en lo que equivalía a una transferencia al por mayor de riqueza para la elite gobernante. Las consecuencias fueron desastrosas: las tierras quedaron sin labrar, el ganado fue saqueado y las poblaciones desplazadas se vieron obligadas a refugiarse en campos situados en territorio controlado por el gobierno, dependiendo por consiguiente de las donaciones humanitarias. El equipo del IPC del país realizó repetidos análisis, a menudo revisados por el FRC, que sugerían que podía estar produciéndose una hambruna, pero no había cifras sobre mortalidad. La probabilidad de una hambruna era mayor en áreas sobre las que se disponía de menos datos y el gobierno de Sudán del Sur bloqueaba el acceso a lugares que iba a atacar.

Pero incluso cuando había datos, el gobierno simplemente negaba que se estuviera produciendo una hambruna. En octubre de 2015 Naciones Unidas afirmó que 30.000 personas estaban muriendo de hambre en Sudán del Sur. El gobierno culpó a la errática precipitación de las lluvias y dijo que las cosas estaban mejorando. Sus representantes bloquearon la publicación de un informe del IPC de agosto de 2016, afirmando que empañaría la reputación del país para a continuación presionar a los miembros del grupo de trabajo. Temiendo la denegación de los permisos de trabajo o la expulsión de personal, las organizaciones humanitarias trataron de hacer que sus análisis de la hambruna fueran una cuestión apolítica, tecnocrática. Mencionar el conflicto quedó prohibido de hecho. La despolitizada visión de la inseguridad alimentaria consagrada en el marco teórico del IPC hace que semejantes elisiones sean fáciles de efectuar.

En febrero de 2017, después de tres años de brutal conflicto, el FRC finalmente concluyó que se estaba produciendo una hambruna en dos comarcas del estado de Unidad y que era «probable» en una tercera. (El gobierno sudanés expulsó en represalia a los representantes del equipo del IPC del país). Sin embargo, igual que en Somalia, la declaración de hambruna fracasó a la hora de capturar la naturaleza de la crisis que estaba afrontando Sudán del Sur. En mayo de 2017, a pesar de que las nuevas informaciones eran muy limitadas, algunos indicadores habían mejorado en las comarcas afectadas y se consideró que la hambruna había acabado. Sin embargo, en todo el país el número de personas situadas en el nivel 3 o superior del IPC había pasado de 4 millones a cerca de 5,5. La «ventana» de hambruna anunciada por el IPC solamente

incluía a cerca del 10 por 100 de las muertes totales debidas a malnutrición y enfermedades relacionadas durante el mismo periodo de tiempo. Otras áreas simplemente no fueron investigadas. En el estado de Bahr el Ghazal Occidental, los ataques de fuerzas gubernamentales habían provocado el desplazamiento de decenas de miles de personas, empujándolas hacia una zona llamada Baggari. El gobierno entonces impuso un bloqueo a la totalidad de esta área, impidiendo el acceso de organizaciones humanitarias. Cuando por fin se permitió que entraran los investigadores, entre el 34 y el 38 por 100 de la población estaba gravemente malnutrido, muy por encima del umbral de hambruna. El único comentario del IPC sobre Baggari fue una anodina declaración diciendo que había habido un esporádico acceso humanitario, minimizando el asedio sufrido y sin hablar de la actuación del gobierno.

Las determinaciones tecnocráticas del IPC pueden utilizarse en sí mismas como arma de guerra. En Gaza el IPC tiene un grupo de trabajo, cuya base se halla fuera del territorio, que analiza la situación en la Franja sin participación israelí. Sus actualizaciones son más frecuentes que los informes bianuales que elabora el IPC en gran parte del resto del mundo, pero de nuevo el marco es rehén de la política. Un informe del IPC de diciembre de 2023 advertía que había un riesgo de hambruna en Gaza, el 25 por 100 de cuya población se hallaba en el nivel 5 del IPC. Un informe de marzo de este año intensificó la advertencia, previendo una hambruna inminente en el norte de Gaza y en las provincias gazatíes de Deir al-Balah, Khan Younis y Rafah. Por esas fechas los israelíes empezaron a autorizar la entrada de más camiones de ayuda en la Franja. El informe de julio del IPC señalaba que después de que se abriera el grifo de la ayuda humanitaria, la situación había mejorado, por lo menos hasta el comienzo de la ofensiva sobre Rafah lanzada el pasado 6 de mayo, después de la cual solamente se permitió la entrada en la Franja de un número muy reducido de convoyes humanitarios. En otras palabras, la población de Gaza está siendo mantenida en un estado de permanente miseria que probablemente se halla justamente por debajo del nivel de hambruna tal y como la determina el IPC. Esto no es nada nuevo. En 2007 el Ministerio de Defensa israelí encargó un estudio médico sobre el consumo de alimentos en Gaza, que pretendía determinar cuánta comida se debía permitir entrar en la Franja. El objetivo, tal y como lo describía el consejero israelí Dov Weissglas en 2006, «es poner a régimen a los palestinos, no hacerlos morir de hambre». Actualmente, el objetivo es más preciso: hacer que el mayor número posible de palestinos muera de hambre, mientras no se llame a eso hambruna.

*Punto de ruptura*

Si el IPC tomara una posición más claramente política, tropezaría con los atolladeros del actual sistema humanitario. En Sudán, a pesar de la presencia de una multitud de organizaciones humanitarias que proporcionan evidencias de la existencia de una hambruna, la falta de los datos específicos significa que el IPC solamente ha declarado un riesgo de hambruna en catorce áreas y una hambruna «plausible» en un único campo para desplazados internos. Sin embargo, incluso una declaración más amplia no desbloquearía el sistema y no puede culparse al IPC por la respuesta de Naciones Unidas que hasta ahora va unida al simulacro de soberanía de Sudán. La ONU continúa reconociendo a una junta militar que apenas controla la mitad del país y obedece las restricciones que esta impone al acceso humanitario. Incluso si un IPC más político exigiera a unas Naciones Unidas más enérgicas –se acumulan las fantasías– que impulsase el apoyo humanitario que actualmente está bloqueado por la junta militar, ello no supondría gran cosa para el pueblo sudanés. El llamamiento de la ONU a favor de Sudán solo tiene una financiación del 16 por 100. En abril de 2024, en una reunión con donantes celebrada en Washington, un alto burócrata señaló que quizá lo que necesitaba Sudán era más fotos de niños hambrientos. ¡Ojalá fuera eso! La realidad es que los donantes tienen otras prioridades: los llamamientos humanitarios a favor de Ucrania están sistemáticamente sobrefinanciados y los Estados están reduciendo la provisión de fondos humanitarios en gran parte del mundo, mientras las promesas del sistema son cada vez más vacías.

El sistema de clasificación de las hambrunas crea más problemas de los que soluciona. Los datos que requiere el IPC para que se declare una hambruna establecen un umbral imposible de alcanzar. Estos criterios son susceptibles de ser instrumentalizados por Estados, que pueden matar de hambre a poblaciones, manteniéndolas justo por debajo del nivel que exige la declaración de hambruna, o puede simplemente impedir que las organizaciones humanitarias se hallen en condiciones de acceder a los datos que necesita el IPC. Incluso cuando el IPC no está bloqueado por los Estados, su modelo de acción humanitaria deja intactas las dinámicas políticas que causan hambrunas graves. El IPC se basa en una forma de intervención neocolonial, que no solo es políticamente regresiva, sino que en la actualidad es un vestigio de cómo el imaginario liberal concibe el lugar de Estados Unidos en el mundo. Su modelo de intervención humanitaria despolitizada ya no es sostenible, si es que alguna vez lo

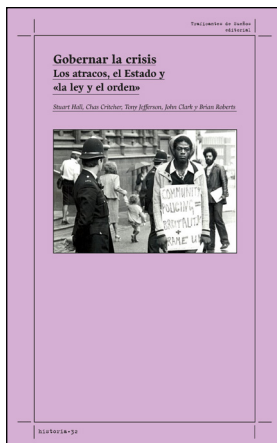
fue. Una pretenciosa industria humanitaria, cargada de burocracia y aferrada a una falsa neutralidad, no puede responder a crisis fundamentalmente políticas como la de Gaza y la de Sudán. Aunque el FEWS NET ha determinado que en ambos lugares se están produciendo hambrunas, no ha mencionado el apoyo estadounidense a Israel o la continua transferencia de armas de los Emiratos a una de las partes beligerantes en la guerra civil sudanesa. Los sistemas de alerta anticipada no pueden nombrar las dinámicas subyacentes de las hambrunas contemporáneas.

Estos sistemas fueron diseñados para permitir que los organismos humanitarios proporcionaran ayuda de emergencia a fin de impedir la inseguridad alimentaria ocasionada por acontecimientos climáticos. El aparato humanitario está quedándose rápidamente sin la financiación, que hizo concebible el sistema y el paradigma ya no tiene sentido. Las hambrunas contemporáneas están causadas por los gobiernos y demás actores beligerantes, que imponen la muerte por hambre sobre las poblaciones que controlan. Estas campañas militares se producen en economías dependientes de las importaciones y que se hallan a merced de la fluctuación de los precios globales del grano. Para que estas intervenciones tuvieran sentido deberían producirse a escala del mercado global, que es precisamente el ámbito delimitado por las organizaciones humanitarias como demasiado político. Las crisis que se están produciendo en el Cuerno de África y en el Sahel no pueden resolverse con una reiterada asistencia humanitaria. En Sudán, Somalia y Chad, entre otros países, la emergencia se ha vuelto permanente. Las organizaciones humanitarias, lejos de prevenir esta emergencia constante, canalizan dinero hacia unos Estados vaciados, que matan de hambre a sus pueblos y perpetúan la crisis.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



# Gobernar la crisis

## Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»

Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson,  
John Clark y Brian Robert

Colección: historia 32

PVP: 30 €

Este libro es un cuadro agudo y penetrante, seguramente la mejor historia social de Reino Unido para las décadas de 1960 y 1970, en la que desfilan la crisis de las relaciones laborales y la explosión de huelgas del periodo, la parálisis del laborismo convertido en aparato de administración del ciclo de acumulación, el desarrollo y la represión de la contracultura británica, el Ulster, los atentados del IRA y la Angry Brigade, la emergencia de los primeros movimientos sociales, el advenimiento de la nueva derecha que luego dirigirá Margaret Thatcher, pero sobre todo la formación y posterior politización de las comunidades migrantes, principalmente las afrocaribeñas. Sobre la base de las formas de vida de este proletariado negro, parcialmente expulsado en la crisis del empleo regular, este libro muestra el perfil bifaz de la represión del Estado y de unas formas de vida que pasan de la marginalidad y la pequeña delincuencia a estar protagonizadas por una creciente militancia. En conjunto, *Gobernar la crisis* se presenta como uno de los mejores análisis de la forma de la crisis en las sociedades capitalistas avanzadas.